

FAMILIA Y DIFERENCIACIÓN SIMBÓLICA*

Rosario Esteinou**

INTRODUCCIÓN

Pluralidad, diferencia, heterogeneidad, diversidad, son términos que en nuestros días parecen indicar un rasgo distintivo de las sociedades contemporáneas en lo referente a las formas de organización de la vida social. No es, sin embargo, un rasgo único y exclusivo de nuestros tiempos, sino que ha constituido uno de los problemas de reflexión en la sociología desde los clásicos, expresado en la relación individuo-sociedad. No obstante, hoy en

día se ha convertido en un tema central de interés en las ciencias sociales. En particular, en el campo que aquí nos interesa, el de la familia, son cada vez más los estudios que documentan dicha pluralidad: en los arreglos domésticos, en los estilos de vida, en las diferencias entre sus miembros como categorías sociales (niños, jóvenes, ancianos), en las diferencias entre los géneros, y en las diferencias relativas a la propia identidad individual y grupal, entre otros.

Si este fenómeno no es nuevo, cabe entonces la pregunta: ¿en qué radica su novedad?, ¿qué significado tiene cuando

* Este trabajo es resultado de la investigación «Análisis cualitativo de familias de sectores medios en la ciudad de México» financiada por el CONACYT.

** Centro de investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

pensamos en la familia? Muchas de las contribuciones recientes que documentan esta diversidad, heterogeneidad, diferencia o pluralidad en el ámbito familiar, lo hacen sobre todo en términos «objetivos», lo cual ofrece un panorama más rico sobre la problemática de la familia. Pero nos falta profundizar más en lo que este fenómeno supone en el nivel cultural. Es en este plano donde consideramos se encuentra el rasgo distintivo y novedoso en nuestros días, y es a éste al que dedicamos nuestra atención en el presente trabajo.

Para ello sigo el siguiente camino, breve y selectivo por razones de espacio. En la primera parte realizo una revisión crítica de algunas de las propuestas sobre la socialización en dos autores clásicos (Durkheim y Parsons), con el fin de destacar la manera en que colocaban el problema de la correspondencia, el grado de integración del individuo a la familia o a la sociedad. En la segunda, presento algunos de los rasgos que adquiere la diferenciación simbólica y su relación con el ámbito familiar.

LA SOCIALIZACIÓN Y EL PROBLEMA DE LA CORRESPONDENCIA INDIVIDUO SOCIEDAD

Hablar hoy de pluralidad en nuestras sociedades implica hablar de nuevo del problema clásico del orden social, de cómo se ordena dicha pluralidad, cómo se integra. Uno de los caminos seguidos en la sociología para responder a esa interrogante, que en términos clásicos se expresa en la relación individuo sociedad y convencionalmente es definido como la relación micro-macro, se ha dado a través de una reflexión sobre el proceso de construcción de la

sociabilidad y la pertenencia a un grupo o comunidad.

En este itinerario la socialización —o, como también se ha expresado en términos generales en la educación— constituye un terreno privilegiado de investigación para analizar la génesis y construcción del vínculo social. Constituye un aspecto central para responder a cómo se integra el individuo a la sociedad. La socialización, en general, es considerada como aquel proceso mediante el cual el individuo se convierte en ser social; es decir, desarrolla la capacidad de interacción con el grupo o los grupos de pertenencia.

Las respuestas sobre cómo se da esta socialización han sido variadas, complejas y problemáticas, en tanto que una de las dificultades que deben enfrentar se refiere a cómo individuos distintos son socializados; esto es, logran compartir el sistema normativo y de valores de una sociedad determinada. En este trabajo interesa retomar dos de las respuestas, la de Durkheim y la de Parsons, puesto que a partir de éstas se erige un modelo interpretativo de tipo integracionista.

En Durkheim, el problema de la socialización es analizado a partir de la preocupación sobre cómo en la sociedad moderna, con una división del trabajo desarrollada, se construye una cohesión social moralmente fundada. En su estudio sobre la división del trabajo Durkheim (1933) ve la necesidad de encontrar los fundamentos de una nueva solidaridad, a la luz de la disolución de la solidaridad mecánica, basada en la identificación, la adhesión inmediata y espontánea de los individuos a un mismo sistema de valores y

recibida por parte del individuo a partir del ámbito restringido de la comunidad de pertenencia: familiar, de parentesco.

Los fundamentos de este nuevo tipo de solidaridad (orgánica) se encuentran en la división del trabajo. Ésta supone el desarrollo de las diferencias entre los individuos, lo cual a su vez implica que los individuos son más libres, más autónomos y dotados de una personalidad específica. Por lo tanto, la afirmación de la división del trabajo requiere, de acuerdo con Durkheim, del desarrollo de las diferencias individuales, del culto a la persona. Es esta división la que garantiza la integración social, puesto que mientras vuelve diversos entre sí a los individuos, al mismo tiempo los hace más dependientes o solidarios unos con otros.

En la individuación de los fundamentos de la solidaridad orgánica Durkheim enfrenta, sin embargo, una paradoja que -de acuerdo con Habermas (1986: 657-659), Besozzi (1990) y Manattini (1996), entre otros- no logra resolver. En efecto, Durkheim tiene dificultades en explicar cómo pueden convivir individuos diferenciados y

autónomos, cómo es posible «una solidaridad a partir no de la semejanza sino de la diferencia» (Besozzi, 1990: 40). Si la división del trabajo no sólo representa una separación de las funciones sino una progresiva individuación de los individuos, un debilitamiento de los vínculos de parentela (familias de origen), de la adscripción y de determinaciones sociales rígidas iniciales, ¿cómo se concilia en el individuo el vínculo entre individualismo (requisito para la afirmación de la división del trabajo) y subordinación a la sociedad (conciencia colectiva)? En otros términos, ¿cómo logra la sociedad imponerse a individuos cada vez más libres y autónomos?

El resultado al cual llega Durkheim es paradójico, puesto que atribuye a la dimensión estructural y sistémica (división del trabajo) «la capacidad de producir una integración social fundada sobre una adhesión -consciente, dada la autonomía y el desarrollo de la conciencia individual- a los valores y a las normas colectivas» (Besozzi, 1990: 39). Pero de la diferenciación estructural no surge claramente la fundación de una nueva solidaridad; tanto es así que Durkheim se ve obligado -de acuerdo con Habermas- a replegarse en la cooperación, en la moral profesional (Habermas, 1986: 659). Pero, de nuevo, enfrenta dificultades, pues una sociedad fundada en la cooperación supone el interés recíproco.² El circunscribir, por lo tanto, la solidaridad orgánica únicamente a las diferencias no nos lleva a una

¹ Durkheim, en dicho estudio, tipifica la solidaridad mecánica como característica de las sociedades en las que no existe o está poco desarrollada la división del trabajo. En este tipo de sociedad no se presenta la contraposición individuo-sociedad, ya que dicha solidaridad se basa en la semejanza de todos los individuos entre sí. Lo que en este tipo de sociedad garantiza la integración social y es fuente de solidaridad es la conciencia colectiva, la cual coincide con la conciencia individual, el nivel de integración es muy alto y la personalidad individual se ha desarrollado poco o nada.

² Como se sabe, Durkheim rechaza el utilitarismo como vía para individuar los fundamentos de la sociedad.

sociedad fundada en la solidaridad, sino a una sociedad contractualista (Besozzi, 1990: 42-43). Se cierra así un círculo vicioso en el que las diferencias individuales al mismo tiempo que son un requisito de la solidaridad orgánica son fuente de agregación moral. En la perspectiva de Durkheim, por lo tanto, la sociedad orgánica puede subsistir sólo en la medida que las diferencias individuales encuentran un límite, una convergencia, en la conciencia colectiva (Besozzi, 1990: 43). Las diferencias individuales, los intereses, las tendencias egoístas encuentran su punto de unión en las semejanzas de conciencia. Pero la solidaridad se apoya en este caso, una vez más, precisamente en las semejanzas, no en las diferencias.

En síntesis, el análisis de Durkheim no ofrece elementos significativos que consientan fundar en modo más exhaustivo la nueva forma de solidaridad (Habermas, 1986; Besozzi, 1990). Son reveladoras, a este propósito, las páginas que concluyen *La división del trabajo social*, en donde Durkheim establece el drama de la sociedad moderna, afectada por el individualismo y el egoísmo y para la cual se vuelve difícil construir una cohesión social fundada moralmente:

Con razón se ha dicho que la moral[...] atraviesa una crisis peligrosa... Cambios profundos se han producido, en brevísimo tiempo, en la estructura de nuestras sociedades; ellas se han desvinculado del tipo segmentario con una rapidez y en una proporción de la cual no encontramos ejemplo en la historia. En consecuencia, la moral que corresponde a este tipo social se ha debilitado, pero sin que otra se desarrollará

lo suficientemente rápido como para reemplazar el terreno dejado vacío en nuestras conciencias... Es necesario detener la anomia... En suma, nuestro primer deber es actualmente el de construir una moral. (Durkheim, 1933: 398).

Esta preocupación por encontrar los fundamentos de la solidaridad orgánica seguirá estando presente en obras posteriores de Durkheim, como *El suicidio* (1995)³ y *Las formas elementales de la vida religiosa* (1968). Sin entrar a discutir las distintas aristas de la respuesta de Durkheim a este problema, interesa aquí reconocer que en esta respuesta paradójica hay un reconocimiento por parte del autor de que la relación individuo-sociedad es conflictiva y problemática.⁴ Por lo tanto, el análisis de cómo individuos

³ Durkheim reconoce que con la afirmación del individualismo, disminuye el peso de la sociedad sobre el individuo. Cuando los individuos no reconocen más como legítima su subordinación a la sociedad, ésta no puede hacer nada para imponerse: «ella no tiene más, a este punto, la autoridad necesaria para retenerlos en su lugar si quieren dejarlo y, consciente de la propia debilidad, llega al punto de reconocerle el derecho de hacer libremente lo que no puede ya impedir. En la medida en que se admite que ellos son dueños de su propio destino, son también dueños de ponerle fin» (Durkheim, 1995: 223-224).

⁴ En las interpretaciones sobre la obra de Durkheim se encuentran divergencias. Algunos acentúan más la vertiente coercitiva, mientras que otros se inclinan más hacia una visión problemática en donde tiene cabida el conflicto. Véase Habermas (1986). En todo caso, consideramos que la paradoja o ambigüedad que hemos señalado da pie para esas divergencias.

diferenciados se identifican e integran a la sociedad es un problema que Durkheim deja abierto.

Parsons es uno de los autores que, sin duda, ha brindado una de las propuestas más elaboradas e importantes acerca del proceso de socialización (Habermas, 1986; Saraceno, 1989). Su conceptualización se apoya en las contribuciones de Durkheim, Weber, Freud y Mead, entre otros. Sin embargo, uno de los aspectos que lo distinguen y separan de Durkheim es el énfasis que pone en el proceso de interiorización de normas y valores y no -como sucedía en Durkheim- en el carácter coercitivo de la sociedad. En la fundamentación de este proceso, la obra de Mead ocupará un lugar central. En este paso, de acuerdo a Manattini (1996), Habermas (1986), Besozzi (1990) y otros, Parsons sienta las bases de un modelo integracionista acerca de la socialización, que presenta varias limitaciones. Para los fines de este trabajo interesa desarrollar brevemente el proceso por medio del cual se construye la persona (*self*) como ser social, en la obra de Mead, puesto que después será retomado en la formulación de Parsons (1981: 1955).

Mead (1990) establece que la sociedad humana es construida a partir de la interacción mediada simbólicamente. Desde su perspectiva, la sociedad es sobre todo un fenómeno de comunicación que se desarrolla mediante formas de acción codificadas simbólicamente (Manattini, 1996: 35). En este marco, la socialización se desarrolla y supone varios aspectos.

En primer lugar, Mead (1990)

señala como características del hombre su capacidad reflexiva, de abstracción y de creación de símbolos. Gracias a ellas los individuos pueden ponerse en el lugar de los otros; es decir, interpretar sus actitudes, sobre la base de su capacidad de simbolización. En segundo lugar, la asunción de la actitud de los otros conduce a lo que Mead llama «adopción de roles», que es la tendencia a asumir dentro de sí, a internalizar, las actitudes de los otros con respecto a sí mismo y de verse sobre la base de esas actitudes. La «adopción de roles», en tercer lugar, constituye la base para el surgimiento de la persona (*self*).

La persona (*self*) representa, de acuerdo con Mead, una dimensión humana que se constituye a través de la sucesiva «adopción de roles», primero de las personas cercanas al niño y posteriormente de los grupos en los que se encuentra inmerso. Es el fruto de ajustes continuos que los individuos realizan recíprocamente a través del lenguaje y la comunicación en el ámbito social. En este proceso resulta de la mayor importancia otro aspecto. El individuo no sólo asume las actitudes y expectativas de los otros con respecto a él, sino que también las organiza en términos universales, abstrayéndolas de sus particularidades. De esta manera, se presenta la cristalización de estas actitudes particulares en una actitud o punto de vista único que es definido por Mead como el «otro generalizado». Esto quiere decir que el individuo ha asumido dentro de sí (interiorizado) a la comunidad a la que pertenece, con sus reglas sociales y sus valores. Cuando se alcanza este momento nace plenamente la persona (*self*), la cual es fundamen-

talmente una estructura social.⁵

La conceptualización de Mead sobre la interiorización de los roles sociales acentúa consecuentemente la idea de una integración «sólida» -por decir así- del individuo a la sociedad, en tanto que esta última ya no es un hecho externo coercitivo, como ocurría en Durkheim, sino que está sedimentada -como apunta Habermas (1986: 578)- en las estructuras simbólicas de la persona (*self*) y de la sociedad, en las competencias y en los modelos de relación.

En su análisis de la socialización, Parsons (1955, 1981) se apoya y reelabora las formulaciones de Mead sobre la «adopción del rol» y la adopción del «otro generalizado». En el marco de su teoría sobre los sistemas de acción, la personalidad es concebida como un sistema de acción compuesto por un conjunto coherente y organizado de disposiciones de necesidad (*need-dispositions*). Estas últimas constituyen la base sobre la cual el actor orienta en forma motivada la propia acción con respecto a normas y valores sociales.

La construcción de la personalidad, o la socialización, se desarrolla a través de la interacción. Es en esta última donde se constituye la estructura motivacional y la orientación de la acción conforme a normas y valores. En el ámbito familiar, la interacción conduce a la transformación de las necesidades orgánicas (no

sociales) del niño en necesidades sociales o psicosociales (relacionales); es decir, transforma la dependencia física del niño en una dependencia social. Sin embargo, para que pueda hablarse plenamente de la personalidad, se necesita que de la situación de dependencia eminentemente pasiva del niño se pase a una situación en la que tiene un mayor peso la reciprocidad o, como lo llama Parsons, complementariedad de expectativas.

El proceso de socialización comprende distintas fases.⁶ En la fase anal, la cual se circunscribe a la relación niño madre, el niño incorpora a la madre no sólo como objeto de amor sino que también interioriza dos roles claramente definidos: el suyo y el de la madre. Es en esta fase donde, de acuerdo con Parsons, nace la personalidad como identidad autónoma y las necesidades orgánicas se convierten en disposiciones de necesidad (*need-dispositions*) que comprenden el nivel simbólico cultural:

El sistema madre-niño ha elaborado y diferenciado una propia cultura común, que en parte deriva del exterior y en parte [...] ha sido construida en el curso del proceso de interacción mismo. Lo que el niño ha interiorizado ahora no es simplemente un objeto, sino un sistema de objetos, que comprende también un conjunto de relaciones entre los distintos objetos que lo componen. En este sentido, podemos decir que

⁵ El proceso por medio del cual se forma la persona (*self*) es analizado por Mead a través de la relación entre el Yo y el Mí. Este último se forma con la asunción del «otro generalizado», proceso que viene ilustrado mediante la distinción entre *play* y *game*. Véase Mead (1990) y Habermas (1986).

⁶ Por razones de espacio aquí no podemos desarrollar detalladamente cada una de las fases que comprende la socialización. Para ello remitimos a la obra de Parson, Bailes y otros (1955) en donde es analizada.

de manera más precisa él ha interiorizado ya un conjunto de valores porque es una condición para la estabilidad tanto del sistema de interacción madre-hijo, como del sistema compuesto por las dos unidades de objeto-social internalizadas de su personalidad; que las *relaciones* entre los dos objetos-componentes deben ser mantenidas dentro de ciertos límites de variación, lo cual quiere decir, que deben conformarse a ciertas normas. (Parsons, Bales, 1955: 72-73).

El niño interioriza, por consiguiente, un sistema de roles iniciales que posteriormente se ampliará mediante la interiorización sucesiva de otros. En la tercera fase, denominada latente, el subsistema madre-niño se desdobra trayendo como resultado el sistema social completo, que en este nivel lo constituye la familia nuclear, y que comprende cuatro roles de base. El niño forma así parte de la familia en su conjunto y debe interiorizar esos cuatro roles. La personalidad adquiere un mayor grado de complejidad y se convierte en una personalidad completa porque detenta, aunque de manera simple, un sistema social completo. Al mismo tiempo, el que los padres desarrollen otros roles en la sociedad contribuye a que el niño interiorice los valores de la sociedad en su conjunto. Al respecto, Parsons sostiene: «...al interiorizar a la familia como objeto colectivo, él interioriza un conjunto de valores nuevo» (Parsons, Bales, 1955: 95).

Parsons no es indiferente al problema de las diferencias y a los problemas que éstas plantean para la

integración. De hecho, observa la multiplicación de los involucramientos de rol al señalar cómo el individuo se convierte en un sistema de roles entre sí distintos y no siempre compatibles. Esto trae consigo problemas de elección, de coordinación e integración para el individuo; genera, en otras palabras, conflictos de rol acentuados (Parsons, 1981). Pero en su concepción éstos son resueltos precisamente en el sistema de la personalidad, el cual puede llevar a unidad los aspectos contrastantes y ofrecer al individuo un criterio selectivo para orientarse entre la multiplicidad de alternativas.

La propuesta de Parsons ha sido objeto de numerosas críticas, entre ellas interesa indicar dos: la primera cuestiona el acento que pone en la capacidad del sistema social para lograr una integración normativa y en la capacidad de control del sistema cultural para orientar la acción y reforzar así la integración. La segunda está ligada a la anterior y se refiere al problema de la «doble contingencia»⁷ que es en donde se expresan precisamente las diferencias, las dificultades y resistencias para conformarse a las expectativas de roles. Parsons intenta responder a este problema estableciendo una congruencia, siempre

⁷ Por «doble contingencia» Parsons entiende que los actores son al mismo tiempo sujeto y objeto de orientación, que se orienta hacia sí mismo y es objeto de orientación de los otros. El actor conoce y es objeto de conocimiento, es utilizado como significativo y se significa a sí mismo, se adhiere emotivamente hacia los otros y es objeto de adhesión, valora y es objeto de valoración, es intérprete de símbolos y a su vez símbolo (Parsons, 1981).

adaptativa, entre el sistema psíquico (personalidad, estructura motivacional), la acción y el sistema de valores.

Expresado en otros términos, el problema es, por un lado, si la acción conformada con respecto a las normas es lo suficientemente «fuerte» como para crear un vínculo moral en el individuo para adherirse, integrarse a la sociedad; y por el otro, si al no conformarse a ellas, la toma de distancia con respecto a los roles pueda ser leída exclusivamente en términos de desviación, de patologías o de inconsistencias en el proceso de socialización. La multiplicación de los involucramientos de rol hace más compleja y difícil la identificación del individuo con los roles, sobre todo si se tiene en cuenta que son distintos y no siempre compatibles. Es en este sentido donde adquiere espesor el cuestionamiento que se le ha hecho a Parsons respecto a la imagen que arroja su análisis de un individuo hipersocializado.

Las respuestas al problema de la socialización que hemos visto hasta aquí brevemente, a pesar de que han arrojado contribuciones indiscutibles para el análisis, encuentran otro obstáculo para ser utilizadas como modelos interpretativos. Particularmente en sociedades altamente diferenciadas, complejas, se muestran insuficientes.

FAMILIA Y DIFERENCIACIÓN SIMBÓLICA.

Los modelos interpretativos arriba desarrollados fueron elaborados dentro de un marco conceptual que suponía una sociedad diferenciada pero con un alto grado de coherencia e integración. Como se verá enseguida, en las

sociedades altamente diferenciadas o complejas este principio (o al menos su formulación) es cuestionado.

Uno de los aspectos más importantes que se ha señalado como característico de las sociedades complejas se refiere a la existencia de una pluralidad de centros o principios de organización social. Varios autores (Varios, 1982; Habermas y Luhmann, 1983; Luhmann, 1985; Gallino, 1979) han señalado que el proceso de diferenciación ha generado el tránsito de un «sistema social centrado» a un «sistema social acentrado o policentrado». El primero supone que las distintas instancias que lo componen son organizadas por un único principio de desarrollo (que puede ser la división del trabajo de Durkheim o la lógica parsoniana de la integración social), y que las partes son reguladas por un único comando. En el segundo conviven más principios de organización y las partes responden a comandos e informaciones que provienen de una pluralidad de centros y tienen, por lo tanto, un carácter local (Sciolla, 1983: 42-43; Varios, 1982).

La pluralidad de centros tiene varias implicaciones. Una de ellas, señalada por Gallino (1979), es que no sólo expresa la coexistencia en el mismo sistema social de subsistemas socio-culturales diferentes, sino —aún más importante— que éstos son incongruentes entre sí y, por lo tanto, no pueden estar ordenados en una misma jerarquía. Hay, por consiguiente, una pérdida de eje común.

En el plano individual, esto implica que los individuos pertenecen cada vez más, al mismo tiempo, a más asociaciones entre sí incoherentes; se

vuelven –para decirlo en los términos de Gallino- «pendulares» no sólo en el espacio sino también entre subsistemas socioculturales distintos (Gallino, 1979). El individuo que es «pendular» puede así

desarrollar por ejemplo una función pública y privada en la mañana, ejercer una actividad empresarial al mediodía y disfrutar en la noche de la asistencia pública, sin jamás convertirse en modo permanente en funcionario, empresario o asistido. (Gallino, 1981: 20)

Además de los conflictos de rol que ya había indicado Parsons, una de las situaciones más significativas que genera entonces el «pendularismo» o la multiplicación de los involucramientos de rol en las sociedades complejas es el «desdoblamiento» del individuo entre distintas asociaciones y, sobre todo, que en ninguna de ellas invierte plenamente sus energías. En otras palabras, la relación estrecha entre posición e individuo, entre rol y persona, que prevalecía anteriormente se ha vuelto muy frágil. Consecuentemente, se presenta una fractura en la unidad de la biografía individual. Sobre esto volveremos más adelante.

El proceso de pluralización de centros se pone de manifiesto también en el plano cultural. Sciolla analiza este aspecto, si bien referido específicamente al problema de la identidad. Para esta autora la segmentación institucional se manifiesta en el plano cultural en lo que ella denomina «diferenciación simbólica». Con este término quiere resaltar no tanto la multiplicación de las referencias simbólicas sino sobre todo su

escasa, o completamente ausente, integración recíproca (Sciolla, 1983: 55).

Este aspecto ya había sido enfatizado particularmente por la fenomenología, a través de autores como Schutz (1974) y Berger, Berger y Kellner (1973). Con el concepto de «realidades múltiples» o «ámbitos finitos de sentido», Schutz (1974) apuntaba ya la presencia de una pluralidad de centros en el nivel simbólico y su falta de integración en la sociedad moderna. El individuo no vive en una sola sino en muchas realidades: el mundo de los sueños, del arte, de la experiencia religiosa, etcétera. Cada realidad o, como prefiere denominarlas, cada «ámbito finito de sentido» tiene su propio estilo cognitivo,⁸ de tal manera que las experiencias vividas en ese ámbito pueden ser remitidas, adquieren sentido y coherencia dentro de ese ámbito. Pero hay otros «ámbitos finitos de sentido» que tienen también su propio estilo cognitivo. El problema es que estos últimos son incompatibles; es decir, una experiencia en un mundo de significado adquiere sentido en ese mundo y no en otro, y no puede ser traducida o remitida a otro (Schutz, 1974: 215-217).

Berger, Berger y Kellner (1973) analizan y profundizan, sobre la base conceptual arrojada por Schutz, este problema. Para ellos la pluralización de los mundos de la vida social⁹ ha tenido

⁸ Además de un «estilo cognitivo» propio, cada mundo de significado tiene una «perspectiva temporal», una «tensión de la conciencia», una «forma de experiencia de sí mismo» y una «socialidad» específicos. Cfr. Schutz (1973: 217).

como consecuencia la disolución de un universo simbólico integrado. Esto es, la integración, que en las sociedades premodernas se daba a través de la religión, se ha resquebrajado en las sociedades modernas. El resultado es una pluralización tanto en el nivel institucional como en el nivel de la conciencia.

La situación típica de los individuos en una sociedad moderna es muy diferente. Distintos sectores de su vida cotidiana le ponen en relación con mundos de significación y de experiencia muy distintos y a menudo profundamente discrepantes. La vida moderna suele estar segmentada en un grado muy elevado, y es importante entender que esta segmentación (o pluralización) no se manifiesta únicamente al nivel de la conducta social observable, sino que tiene también importantes manifestaciones en el nivel de la conciencia. (Berger, Berger y Kellner, 1973: 64)

Lo anterior implica varios aspectos. En primer término, que la pluralización ha tenido lugar tanto en la esfera pública como en la privada. Podemos retomar los ejemplos que utilizan para ilustrar más este punto. El mundo de la producción tecnológica y el mundo de la burocracia difieren entre sí por la forma de organización del conocimiento, y el estilo cognitivo propios a cada uno de ellos constituyen mundos de significado distintos. Pero el dato

relevante de dicha segmentación en mundos de vida discrepantes es que ello se expresa en una segmentación en las estructuras de la conciencia. Por ejemplo, el conocimiento y el estilo cognitivo relacionados con el mundo del trabajo están segregados de otros cuerpos de conocimiento y estilos cognitivos. Cada una de estas constelaciones segregadas de la conciencia se refiere a sectores sociales e institucionales específicos de la vida del individuo. Por consiguiente, el individuo, al relacionarse con ellos, «experimenta *ipso facto* una 'migración' entre diferentes mundos de vida» (Berger, Berger y Kellner, 1973: 65).

Esta segmentación o pluralización, en segundo término, se ha acentuado como resultado de la difusión de los estilos cognitivos de distintos mundos de significado. El proceso de urbanización y los modernos medios de comunicación de masas han tenido un papel central al ser portadores de dichos estilos, al bombardear a los individuos con múltiples informaciones, comunicaciones y estilos cognitivos propios de mundos de significado distintos y a menudo discrepantes. De esta manera, estilos diferentes se difunden o —como lo llaman estos autores— «trasvasan»¹⁰ a otros mundos, acentuándose la

¹⁰ Los autores utilizan este término para designar cualquier difusión de estructuras de la conciencia desde sus portadores institucionales originarios (el mundo de la producción tecnológica, la burocracia) a otros contextos (Berger, Berger y Kellner, 1973: 21). El análisis de este proceso constituye uno de los aspectos que los diferencian del pensamiento de Schutz y, sin duda, es una de las contribuciones más importantes de su estudio.

⁹ En su libro *The homeless mind* (1973), estos autores analizan el problema de la pluralización en el marco de la relación entre conciencia e institución en las sociedades modernas.

pluralización.¹¹ Pongamos como ejemplo el caso de la esfera privada. El estilo cognitivo del mundo de la producción tecnológica puede «trasvasarse» mediante los medios de comunicación al mundo de la vida privada. Actividades apoyadas en el «hágalo usted mismo», que tienen un estilo cognitivo propio de la producción tecnológica, se han difundido y se realizan en el mundo de la vida privada. De esta manera, en las sociedades modernas se ha producido un «trasvase» masivo de las estructuras de la conciencia de la producción tecnológica a todos y cada uno de los sectores de la vida cotidiana. A tal punto, que «no se necesita tomar parte en el trabajo tecnológico para pensar de un modo tecnológico» (Berger, Berger y Kellner, 1973: 42) y es posible tener un estilo de vida urbano y vivir en un pequeño pueblo o granja (Berger, Berger y Kellner, 1973: 66).

En tercer término, la pluralización en la esfera privada se ha acentuado de tal forma que ha afectado los procesos de socialización primaria, de formación básica del yo y del mundo subjetivo. Por largo tiempo se ha sostenido que la vida privada y la familia son fuentes de sentido centrales frente a la hostilidad y discrepancia de los mundos de significado en la esfera pública, de tal manera que el individuo trata de construir y mantener un «mundo doméstico» que pueda servirle como centro significativo, de certezas, de su vida en la sociedad. Berger, Berger y

Kellner observan que en las sociedades modernas el individuo difícilmente encontrará en el mundo privado dichas «certezas», puesto que se encuentra expuesto, desde el inicio de su experiencia social, a una multiplicación de mundos. Desde su perspectiva el individuo «nunca ha poseído un «mundo doméstico» integrado e incontestado» (Berger, Berger y Kellner, 1973: 67), ya que la exposición a esta multiplicidad a la vez que tiene como efecto «ensanchar la mente» de los individuos también debilita la integridad y plausibilidad de su mundo doméstico. Por ello, construir y mantener un mundo doméstico integrado e incontestado resulta ser, en las sociedades modernas, una tarea arriesgada y precaria (Berger, Berger y Kellner, 1973: 65).

Si el fenómeno de la pluralización de los mundos de vida y su falta de integración o la diferenciación simbólica (como lo llama Sciolla) constituye una de las características centrales de las sociedades complejas, ello nos lleva a reflexionar sobre la repercusión que tiene en el ámbito familiar. A continuación presentamos algunas reflexiones al respecto y ponemos algunos ejemplos que se apoyan en una investigación realizada en familias de estratos medios en la ciudad de México.¹²

Un primer aspecto que podemos

¹¹ Es importante enfatizar que lo que se difunde o «trasvasa» no son los objetos de conocimiento de un mundo de significado específico, sino «el estilo cognitivo general que pertenece a ese tipo de conocimiento» (Berger, Berger y Kellner, 1973: 33).

¹² Se trata de la investigación «Análisis cualitativo de familias de sectores medios en la ciudad de México», realizada con Mercedes Blanco y Virginia Molina. Ésta comprendió -entre otros aspectos- el análisis de la diferenciación simbólica. A pesar de que este trabajo se concentra en la reflexión conceptual, nos ha parecido

señalar se refiere a la multiplicación de los modelos culturales en torno al ámbito familiar. Hoy encontramos una diferenciación y difusión de modelos sobre lo que es o debe ser una familia, los papeles de sus integrantes, los modelos de educación de los hijos, los tipos de unión de pareja. Esta diversidad la observamos no sólo en la sociedad en general a través de los medios de comunicación, sino también en los distintos ámbitos de interacción con los que tienen contacto los miembros de la familia. Lo anterior nos lleva a considerar otro aspecto. No sólo se presenta una pluralización de modelos culturales sino que también ésta es alimentada por la competencia entre las distintas agencias de socialización (como la familia, la escuela, los grupos de pares, la televisión, que son las agencias comúnmente consideradas; pero también podemos incluir otros agentes como las instituciones terapéuticas, las organizaciones no gubernamentales en favor de las mujeres, los movimientos de homosexuales entre otros).

En el material recabado de una entrevista observamos, por ejemplo, lo siguiente. Un padre detentaba un modelo de familia ligado a valores orientados al logro, autoritario en cuanto a su relación con la esposa y sus hijos y con una división de roles rígida:

importante ilustrar, con algunos ejemplos, cómo se expresa este fenómeno. Sin embargo, por razones de espacio, no podemos ofrecer aquí el análisis de la información obtenida. La investigación se basó en entrevistas en profundidad a mujeres adultas de entre 35 y 45 años, pertenecientes a familias de extractos medios en la ciudad de México.

consideraba que su trabajo era el medio principal para mantener y mejorar la posición social de la familia, que él debía ser el proveedor de recursos materiales, marcar la pauta acerca de los planes de la familia, de la educación que deberían tener los hijos; consecuentemente, consideraba que su esposa debía dedicarse al hogar y los hijos y que su participación en la toma de decisiones sería muy reducida.

Pero, al mismo tiempo, ese padre, al tener contacto con otros circuitos de interacción, como el mundo del trabajo, estaba expuesto a modelos culturales no compatibles y que incluso se contraponían al modelo anterior. En su trabajo tenía, en primer lugar, compañeras que al desempeñar un rol laboral cuestionaban su concepción sobre los roles que debían asumir las mujeres, sobre todo si contemporáneamente desempeñaban los de madre, esposa y ama de casa. Además de tener compañeras de trabajo, tenía también compañeros y amigos, algunos de ellos con un modelo de familia semejante y otros con un modelo distinto: a pesar de que se movían en torno a valores de tipo adquisitivo (orientados igualmente por el éxito y la competencia como medios para ascender en la escala social), detentaban relaciones más igualitarias con respecto a sus parejas y sus hijos y con mayor flexibilidad en cuanto a la división de roles. De esta manera, aunque se concebían también como los principales proveedores de recursos materiales para la familia, aceptaban que sus esposas trabajaran e incluso lo promovían como parte de una concepción que valora el desarrollo de la mujer (en cualquier ámbito, sea laboral o de otro tipo); si bien no de

modo totalmente igualitario, sus esposas tenían mayor espacio en la toma de decisiones y ellos participaban también más en actividades relacionadas con la educación de los hijos. Asimismo, tenía también compañeros que estaban divorciados y habían pasado por un proceso de resignificación y de cuestionamiento acerca del papel del hombre como proveedor principal de recursos, como eje de autoridad en la familia y como pareja.

Mediante este ejemplo puede advertirse que hay una diversificación de modelos culturales que está presente en los ámbitos de interacción de la vida cotidiana y que estos modelos compiten entre sí. Pero la presencia de modelos diferentes e incluso contrastantes se nota no sólo en los ámbitos externos a la familia, sino que también los encontramos dentro de las mismas familias, en las concepciones de sus integrantes. Así, siguiendo con el ejemplo anterior, la esposa tenía un modelo que difería y cuestionaba el modelo del esposo en lo referente a una división rígida de roles que impedía su desempeño en una actividad laboral extradoméstica, a la educación de los hijos y a su papel autoritario en la familia.

Hay un tercer aspecto que deriva de la pluralización de los modelos culturales y que debemos señalar. Consideremos otro ejemplo que puede ilustrar, en otro nivel, cómo se expresa la diferenciación simbólica: entre una familia de procreación y las familias de origen. Hemos observado no sólo en esta investigación, sino también en otra que realizamos (Esteinou, 1996), que las mujeres adultas de las familias de origen tenían un modelo cultural que las circunscribía al desempeño de los roles de esposas, madres y amas de casa. Las delimitaban en tal forma que, incluso en

situaciones de necesidad económica, dichas mujeres no consideraban como una opción el desempeñar una actividad laboral extradoméstica. Como contraparte, la mayor parte de sus hijas que han formado una familia tienen entre sus expectativas la de desarrollar una actividad laboral, y no sólo como consecuencia de una necesidad económica sino por el interés de desarrollarse profesionalmente.¹³

Con este ejemplo, lo que queremos indicar es que no basta que, en una sociedad, se presente una multiplicación de los modelos culturales sino que un factor fundamental es que ésta - como ha indicado Sciolla (1983)- sea percibida por los individuos como posibilidades dentro de su horizonte de elección. En este sentido, los roles que desempeñaban las mujeres de las familias de origen delimitaban en gran medida el horizonte de percepción de sus posibilidades objetivas y subjetivas. El desarrollo de una actividad laboral extradoméstica simplemente no formaba parte de su horizonte de posibilidades de elección, y era considerado como incompatible y contradictorio con respecto a esos roles.¹⁴

De hecho, había una relación

¹³ García y De Oliveira (1994) han observado también la diversidad de significados que adquiere la actividad laboral femenina tanto en sectores medios como populares urbanos.

¹⁴ Es interesante observar las frases que se utilizaban para sancionar socialmente el hecho de que una mujer trabajara, y que reforzaban el complejo simbólico de un tipo de familia en el que el hombre era el proveedor doméstico. Así, a los hombres se les decía: «¿no puedes mantener a tu familia, cómo dejas que tu mujer te mantenga?»; y a las mujeres que trabajaban se les reprochaba con frases como «estás descuidando a tus hijos».

estrecha entre la posición social de las mujeres y los roles que desempeñaban, es decir, entre rol y persona, y esto se ponía de manifiesto en la identificación de las mujeres de las familias de origen con esos roles. Cuando se les preguntaba a qué se dedicaban respondían «al hogar», «a los hijos» y «a atender al marido». Sus respuestas mostraban orgullo o resignación o infelicidad o una mezcla de ellos por desempeñar dichos roles, pero de cualquier manera sí se concebían como amas de casa, como esposas y madres, y en su desempeño invertían completamente sus energías, los roles eran fuentes de sentido fundamentales. En este sentido, cuando hablamos de identificación con respecto a los roles que desempeñaban no queremos decir que ésa implicaba una necesaria «satisfacción», «felicidad» o «realización personal» por parte de las mujeres, como tampoco implicaba una necesaria «infelicidad» o situaciones negativas desde el punto de vista subjetivo y de la experiencia, sino que supone (y éste es el punto importante) una auto-colocación dentro de la gama de roles que perciben que pueden desarrollar en la sociedad, es una forma de auto-colocarse en la estructura social. Consecuentemente, el vínculo entre rol y persona era muy fuerte. La mística en torno a la feminidad (recordando el libro de Betty Friedan), la exaltación de las virtudes que implicaba el desempeño de los roles de esposa, madre y ama de casa abonaron terreno para la identificación de las mujeres con respecto a sus roles.

En cambio, las hijas de estas mujeres que han formado su propia familia han incorporado dentro de su horizonte de elección la posibilidad de

desarrollar un rol laboral, independientemente de que la realicen o no. Con ello han abierto su campo de percepción. La pregunta que surge inmediatamente de lo anterior es la siguiente: ¿cómo manejan la pluralidad de involucramientos de rol sin fragmentarse¹⁵ o la pluralidad de posibilidades percibidas?; o bien, ¿qué efectos tiene en términos de su identidad? Ya hemos señalado que la multiplicación de los modelos culturales puede «ensanchar la mente» de los individuos, pero al mismo tiempo debilita la integridad y plausibilidad de su mundo doméstico. En este sentido, estas mujeres -a diferencia de sus madres- están expuestas a la influencia de más modelos contrastantes. La posibilidad de desarrollar un rol laboral, además de los familiares, ha entrado en su campo perceptivo y plantea problemas de elección. Ellas pueden elegir trabajar o no, dependiendo de sus circunstancias particulares. Incluso, si alguna decide ser solamente esposa, ama de casa y madre, la posibilidad de no serlo permanece en su horizonte como una elección negada temporalmente y al mismo tiempo como posible elección futura.

La apertura del horizonte simbólico y, sobre todo, del horizonte de elección de estas mujeres tiene varias

¹⁵ Desde luego, el ejemplo que estamos analizando toma el nivel más simple de la pluralización puesto que sólo considera dos modelos culturales con sus respectivos roles: uno que privilegia los roles de esposa, madre y ama de casa y otro que acepta y valora su desempeño en la esfera laboral. Asimismo, la reflexión se basa en los casos en que hemos observado una apertura en los horizontes simbólicos.

implicaciones: una de ellas, señalada por Sciolla (1983), es que dicha apertura consiente que puedan identificarse «en otro lado» respecto a los roles efectivamente desarrollados, cargar de significado a prácticas y actividades futuras de perfiles todavía indefinidos pero a las cuales se aspira. Otra muy importante, ligada a la anterior, es que el hecho mismo de considerarlos como una posibilidad factible conlleva cambios en el modo en que se conciben los propios roles desempeñados. En este punto hemos observado un aspecto muy interesante que apoya la tesis de que hay un quiebre del vínculo entre rol (o posición social) y persona. Una mujer de estratos medios (tomando otro ejemplo de nuestra investigación) desempeña solamente los roles de madre, esposa y ama de casa; proviene de una familia en la que dichos roles son altamente valorados y su visión sanciona negativamente a las mujeres que trabajan fuera del hogar; su esposo igualmente sostiene esta visión. Ella, por su parte, nunca ha trabajado pero tiene varias amigas casadas y con hijos que lo hacen y le transmiten que es una fuente de realización personal superior a aquella circunscrita al ámbito familiar. No sólo en relación con sus amigas, sino también en las revistas feminiles que lee y en los programas y películas que ve, advierte modelos distintos a los suyos y que incluso condenan que las mujeres sean en la actualidad sólo esposas, madres y amas de casa. En este contexto de contrastes, ella ha incorporado en su horizonte de percepción la posibilidad de desarrollar una actividad laboral en un futuro, y este simple hecho puede marcar el inicio de un proceso de resignificación de los

roles que desempeña y de cambio del modelo cultural que lo apoya. Esa incorporación significa, por lo pronto, un distanciamiento que, aunque sea leve, tiene una función simbólica muy importante: permite que esta mujer pueda colocarse, aunque sea momentánea y simbólicamente, en el plano en que se colocan sus amigas que trabajan y concebirse como otro tipo de mujer, distinta a su madre, a pesar de que desempeña los mismos roles que ella.

Tomemos otro caso en donde se observa una situación distinta a la anterior. Se trata de una mujer que desempeña contemporáneamente los roles familiares y un rol laboral. El hecho de desempeñar este último ha conllevado cambios en la forma en que concibe sus roles. Ella, por ejemplo, no se identifica o concibe -como lo hacía su madre- con el rol de ama de casa. Incluso adquiere un significado negativo: no se ve ni quiere ser vista por los otros sólo como ama de casa (o como madre o como esposa). A pesar de que lo desempeña, toma distancia de él de tal forma que este rol constituye sólo uno de los que puede desempeñar. Al tomar distancia de éste, su concepción sobre el mismo cambia, lo concibe más como una gestión del espacio doméstico y no como un elemento central que define su identidad:

No, yo no me considero una ama de casa, nunca lo he sido... Sí hay una diferencia muy obvia (en el desempeño del papel de ama de casa entre mi madre y yo) porque de otras generaciones, inclusive de mujeres de mi edad, el ser amas de casa es como la finalidad de su vida, su realización plena, y eso está bien, tiene que ver con la vocación... Para

las mujeres que tenemos una profesión fuera de la casa, que tenemos ambiciones profesionales, ser ama de casa es parte de nuestras obligaciones cotidianas para que se reproduzca un entorno básico con nuestros hijos que nos permita estar bien, comer, dormir, en fin, es algo como accidental, pero los objetivos existenciales están en otra parte. Es una actividad necesaria pero no suficiente para la realización personal.

El rol laboral, aunque sólo se perciba como una posibilidad factible, se convierte entonces en un punto de referencia importante que modula el grado de identificación o de distancia con respecto a los roles de ama de casa, madre y esposa. Estos ejemplos nos ayudan a comprender un poco más cómo manejan las mujeres la diferenciación de sus horizontes simbólicos y la pluralidad de roles que desarrollan. Pero ese manejo no está exento de problemas, puesto que -como hemos indicado- varios de los modelos culturales a los que están expuestas pueden ser contradictorios e incompatibles entre sí. Ya hemos apuntado uno de los efectos que tiene esta apertura que, a la vez, constituye una manera de manejar esta diversidad e incompatibilidad: la toma de distancia con respecto a los roles. Sin embargo, no se trata de una estrategia, por parte de los individuos, meramente racionalizadora en el sentido en que Goffman lo maneja. La toma de distancia implica una relativización de cada uno de los modelos culturales, con sus respectivos roles, como única fuente de sentido. De ahí que podamos comprender por qué una mujer no se identifica única y exclu-

sivamente con sus roles de madre, esposa y ama de casa, pero tampoco con otros roles ligados a otros mundos de vida social, como pueden ser el laboral, el de activista política u otros. O que podamos comprender las dudas e incertidumbres que tienen un padre y una madre respecto a la forma de educar a sus hijos. No sólo el ambiente social ofrece más opciones (o modelos culturales de educación), sino que cada una de las que son consideradas son examinadas con cuidado y tienden a ser relativizadas. Es decir, ninguna de ellas, por sí solas, es fuente de certezas. Esta situación genera tensiones, angustia e incertidumbre, pero también ofrece mayores posibilidades y flexibilidad.

CONSIDERACIÓN FINAL

El problema que hemos planteado al inicio sobre cómo los individuos se integran a la sociedad no sólo adquiere hoy gran relevancia a la luz de los planteamientos sobre la diferenciación simbólica, sino que estos últimos plantean -al menos en el nivel conceptual- una serie de problemas que merecen ser profundizados. Especialmente en el terreno de los estudios sobre la familia (o las familias, si se prefiere), tiene consecuencias muy importantes. Una que inmediatamente viene a la mente es que con la diferenciación simbólica, la familia ha dejado de ser la agencia socializadora por excelencia, tal y como lo han planteado autores clásicos como Parsons. Si en la familia convergen distintos modelos culturales, incompatibles entre sí; si los individuos que la conforman se han diferenciado en términos identitarios; si la familia ha dejado de ser un mundo incontestado

que ofrece certezas, ¿debemos por ello dar crédito a aquellos que plantean que está en crisis, o que hay un debilitamiento de los valores en torno a ella?

Desde nuestro punto de vista, el problema es más complejo y requiere ser analizado con mayor profundidad.

BIBLIOGRAFÍA

BERGER, P., B. BERGER, y H. KELLNER. *The homeless mind*, Nueva York, Vintage, 1973.

BESOZZI, E. *Tra somiglianza e differenza*, Milán, Italia. Vita e Pensiero, 1990.

DURKHEIM, Emile. *The division of labor in society*, Nueva York, The Free Press, 1933.

_____. *El suicidio*, México, Ediciones Coyoacán, 1995.

_____. *Las formas elementales de la vida religiosa*, Buenos Aires, Schapire S.R.L., 1968.

ESTEINO, Rosario. *Familias de sectores medios: perfiles organizativos y socioculturales*, México, CIESAS, 1996.

GARCÍA, B. y Orlandina de Oliveira. *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México, 1994.

GALLINO, L. «Effetti dissociativi dei processi associativi in una società altamente differenziata», en *Quaderni di sociologia*, núm. 1, 1979.

_____. *Della ingovernabilità*, fotocopia, 1981.

HABERMAS, Jürgen. *Teoría del agire comunicativo*, vol. II, Bolonia, Il Mulino, 1986.

_____. y Nicholas LUHMANN. *Teoría della società o tecnologia sociale*, Milán, Etas Libri, 1983.

LUHMANN, N. *Come é possibile l'ordine sociale*, Bari, Laterza,

MANATTINI, F. *Neutralizzazione del conflitto e disagio individuale*, Italia, QuattroVenti, 1996.

MEAD, G. H. *Espíritu, persona y sociedad*, México, Paidós, 1990.

PARSONS, T. *Il sistema sociale*, Milán, Edizioni di Comunità, 1981 [1951].

_____. *Family, socialization and interaction process*, Glencoe, Illinois, The Free Press, 1955.

SARACENO, Carlos. *Sociologia della famiglia*, 1989.

SCIOLLA, L. «Differenziazione simbolica e identità», en *Rassegna italiana di sociologia*, a. XXIV, núm. 1, 1983.

- SCHUTZ, A. *La fenomenología del mundo social*, Bolonia, Il Mulino, 1974.
- .El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.
- VARIOS AUTORES, *Complessità sociale e identità*, Milán, Franco Angeli, 1982.